

ella misma introdujo al primero en una compañía de jóvenes libertinos: tal vez se la acusó de más de lo que merecía por el partido triunfante; pero es cierto que era muy ambiciosa é intrigante. Extendió el territorio del imperio adquirido á Smolensko, la Siberia, Tchernigov, la pequeña Rusia á orilla izquierda del Dnieper, Kiev en la derecha, como también los países de los cosacos zaporogues, á los que prometió, para unirlos á la Rusia, aliarse á la Suecia y á la Polonia contra la Turquía; pero Galitzin, que le daba prudentes consejos con respecto á las medidas que había de adoptar durante la paz, dirigió mal las operaciones militares; perdió el ejército, y se vió obligado á retirarse.

Durante aquel tiempo crecía Pedro, y ya sus diversiones anunciaban su futuro poder. Salió vencedor de la prueba de los vicios á que se le expuso, y los jóvenes extranjeros que se colocaron en su derredor para corromperle excitaron su imaginación con la relación de extraordinarias empresas. El genovés Francisco Jacobo, el Fuerte, había recorrido la Europa de un extremo á otro, sucediéndole extrañas aventuras, viendo mucho, capaz de ver bien, y sin deber más que á sí mismo sus conocimientos, su osadía y su fortuna. Ganó la confianza de Pedro, quien le puso á la cabeza de cincuenta jóvenes de su edad, con los cuales quiso aprender los ejercicios militares, y se ensayó en el servicio, sin admitir distinción entre él y sus compañeros. El honor de entrar en aquella tropa como camarada (*poteschnov*), no tardó en ser ambicionado, y llegó á ser el núcleo de los regimientos de la guardia.

En medio de las desenfrenadas licencias de aquellos jóvenes, Pedro y el Fuerte espían con atenta mirada el momento de arrebatar el poder á Sofía: irritábanse al ver que, después de haber adoptado el título de soberano, había hecho inscribir su nombre á la cabeza de todas las actas públicas, en las monedas del imperio, y que aspiraba á una dominación absoluta. Habiendo fracasado sus proyectos, quiso Sofía prevenirlos; y Thegtwitoi, jefe de los strelitz, fuese por su orden ó por ganarla á su partido, se disponía á desembarazarla de Pedro, como también de su mujer, de la madre y hermana de este príncipe. Esta fué al ménos la noticia que circuló (1689). Pero habiendo ido Pedro al con-

vento de la Trinidad con los poteschnov, convocó á los boyardos, reveló la conjuración dirigida contra él, desterró á Galitzin, metió á Sofía en un convento, y quedó solo dueño, aunque Ivan, czar sólo de nombre, sobrevivió aún algunos años.

Aquí se abre una nueva era para la Rusia.

CAPITULO XIV.

Pedro el Grande y Carlos XII.

Encontrábase Pedro á la edad de 17 años al frente de la más grande monarquía de Europa, cuyo territorio se extendía desde Arkangel hasta el mar de Azov, y era habitado por un pueblo tosco, pero unido, que obedecía á grandes también esclavos. No tenía Pedro ni costumbres ni educación; pero en medio de las orgías, el Fuerte le inspiraba, con sus aventureras relaciones, el deseo de regenerar á la nación. Sin razón se creería que era un proyecto filosófico nacido del conocimiento de las causas. Viendo los tristes efectos de la barbarie indígena, pensó remediarla no tratando de corregir al país poco á poco, sino haciéndole del todo europeo, injertándole en el extranjero sin cuidarse de si este injerto, al morir él, dejaría más enfermo el trono.

Parece que el grito de guerra de la Rusia ha sido desde un principio: *!Dadme agua, que tierra tengo!* Habiendo hecho construir Pedro algunos barcos, se ejercitaba en maniobrar con ellos en el lago de Perezlav, cerca del monasterio que habitaba. Aquel juego de niños debía tener con el tiempo serias consecuencias, así como sus cincuenta compañeros convertirse en doce mil guerreros. Después de haber nombrado general al Fuerte, que no había mandado nunca, le concedió también el empleo de almirante de la escuadra, que no sólo no existía, sino que ni siquiera tenía nombre en aquella lengua; y por primera vez vió el mar Blanco á un monarca ruso. Pidiendo después á la Alemania y á la Holanda ingenieros, barcos y artilleros; obligando á los ricos y á los prelados á proporcionarle los medios necesarios para un armamento, hizo construir buques en Venecia y en Holanda. Cuando se apoderó de Azov, basándose de sus proyectos, fortificó aquella plaza, é hizo su entrada en Moscovia con el fausto de un antiguo romano, con objeto de inspirar, ade-

más del gusto á la gloria, la idea de su superioridad.

Entre tanto enviaba jóvenes á Italia, Alemania y Holanda á aprender las costumbres y artes de los pueblos civilizados; quiso después adquirir él mismo estos conocimientos, cuya necesidad conocía. Confiando, pues, la regencia al boyardo Fedor Romanodowski, viajó de incógnito. Viósele trabajar en los talleres de Saardan y Deptford, confundido con los obreros por su actividad en el trabajo y sus vicios; ocupóse en Amsterdam en procurarse nociones de anatomía é historia natural, examinó en Londres la constitución civil y eclesiástica, admirando la libertad de cultos, las colecciones de armas; pero sobre todo la marina; en todas partes contratava con promesas hábiles obreros que fueron con él á Rusia. Vió también á Cleves, Dresde y Viena, en la que se le dió una fiesta que sirvieron á la mesa, disfrazados de huéspedes, el emperador y la emperatriz, poniendo en la mesa máscaras de todos los países y de todas las clases. Dirigiase á Italia, cuando tuvo que acudir á sus Estados.

Una vez acostumbrados á beber en la copa del poder es difícil que no se renueve la sed. Sofía, que nunca había renunciado á la esperanza ni á las intrigas, aprovechó la ausencia del czar para hacer sublevar de nuevo á los strelitz, que sin embargo fueron vencidos. Habiendo acudido Pedro hizo instruir el proceso á los prisioneros rebeldes (1698), de los cuales dos mil fueron ahorcados y cinco mil decapitados; él mismo derribaba las cabezas á centenares, y señores de elevada categoría, que eran sospechados de inteligencia con los amotinados, seguían su ejemplo. Se mandaba á treinta, cincuenta y hasta cien desgraciados á la vez acostarse boca abajo y poner la cabeza en un tajo de una longitud proporcionada á su número, hiriéndoles el hacha unos tras de otros. No atreviéndose á condenar á su hermana, hizo ahorcar á tres rebeldes de sus ventanas, y sus cadáveres permanecieron en ellas todo el invierno, teniendo en la mano las peticiones que habían dirigido á la princesa. Probablemente entonces fué cuando instituyó ó resucitó la cancellería secreta, terrible tribunal de inquisición que duró hasta 1762.

R epudió á Endoxia Federowna, su mujer

porque manifestaba horror á aquellas matanzas.

Semejante hombre no podía ménos de desear la guerra para recobrar los países arrebatados á sus predecesores, y cuya pérdida le impedía extenderse por el Báltico. Encontróse, pues, enemigo natural de la Suecia y aliado de todo el que le fuera hostil.

Los nombres de Pedro el Grande y Carlos XII están unidos en la memoria de los hombres; rodeados ambos de algo de romanesco y teatral, contrastan con el genio positivo que había adoptado la sociedad. Los dos de un carácter fuera de las costumbres comunes, el uno encontrando un trono consolidado por su padre, un tesoro bien provisto, una buena escuadra, un excelente ejército, no tuvo necesidad siquiera de recurrir á los desafueros que naturalmente le repugnaban; adquirió el otro el suyo libertándole sanguinariamente de los numerosos obstáculos que encontraba, sin haberle detenido nunca ninguna idea de humanidad. Pedro se dirigía por cálculo hácia un objeto bien meditado; Carlos se lanzaba á él impulsado por una pasión dominante. Las victorias del uno le inspiraron una loca osadía; el otro aprendió á vencer en sus derrotas. El uno constituyó la grandeza de su país, y el otro causó la ruina del suyo.

Fué educado Carlos XII en las ideas religiosas, que forman el carácter de su casa; su madre, que tuvo poco cuidado en cultivar su talento, dedicó mucho á desarrollar el vigor de su cuerpo. Inclínole su padre á dedicarse á los ejercicios militares y á conocer la constitución del país, inspirándole un sentimiento profundo hácia la prerogativa real. Aficionado Carlos á las matemáticas, emprendió varios viajes; amaba la caza, sobre todo la que ofrecía más peligros. Declarado mayor antes de la edad de costumbre, cuando el obispo de Upsal levantó la corona para colocarla sobre su cabeza, se la arrebató de las manos y él mismo se la puso.

La paz de Ryswick había apagado el humor belicoso de los reyes de Europa; pero como se preveía que se empuñarían las armas por la sucesión de España, todos se ocupaban subrepticamente en procurarse aliados, y Carlos recibió proposiciones de la Inglaterra, de los Estados generales, de Luis XIV, que aún recordaban á Gustavo Adolfo. Pero sus vecinos, que

pensaban no encontrar en él más que á un joven aturcido, creyeron favorable el momento de indemnizarse de las pérdidas que habian sufrido.

Ocupaba el trono de Polonia, como ya hemos visto, Federico Augusto, elector de Sajonia, deseoso de rivalizar con Luis XIV, tanto en conquistas como en magnificencia, y ocupar en la guerra á una turbulenta nobleza. Con el pretexto de dirigir las armas contra la Puerta, hizo ir de Sajonia nuevas tropas, y llamó á alistarse bajo sus banderas á los lituanios, que agitaban facciones nacidas en tiempo de Sobieski, y reanimadas entonces, entre la nobleza y los Sepieha. Aquel aumento de fuerzas causaba inquietud á los polacos, que varias veces intimaron á Augusto el que las licenciase en el término del *pacta conventa*. Pero la envidia que se tenían los tres ejércitos lituano, polaco y sajón, estuvo expuesta á estallar en lucha abierta, y no permitió al rey de Polonia adelantar en su empresa contra la Suecia.

Aunque la paz de Carlowitz asignó Kaminiac y la Podolia á la Polonia (1699), su adquisición se debió á intrigas más bien que á las armas; y Augusto se manifestaba impaciente por recobrar de la Suecia los países que le habian sido cedidos en los tratados anteriores, principalmente la Livonia, donde se habian aumentado los descontentos. Tuvo una entrevista con el czar Pedro, y ganó su confianza con su cortesía natural, con la sangre fría con que sostenia las apuestas de los más intrépidos bebedores, y su fuerza que llegaba á cortar la cabeza de un buey. Ambos príncipes se unieron para obrar contra la Suecia.

Pedro, que queria recobrar el acceso del Báltico, habia procurado en vano obtener de los suecos, con las negociaciones, á Narva ú otro puerto en aquel mar. El Sleswick era un germen de enemistades entre la Suecia y la Dinamarca; aquella provincia, arrebatada á la casa de Holstein durante la guerra de los treinta años, habia sido adjudicada á la de Gottorp, bajo la soberanía danesa: habiendo recibido despues guarniciones imperiales Federico III de Holstein-Gottorp, fué considerado como traidor por Cristian IV, resultando animosidad entre ambas ramas de aquella familia. Aumentóse aún más ésta cuando Federico III

casó á una de sus hijas con Carlos X de Suecia (1660), que por el tratado de Copenhague le hizo adquirir la soberanía del Sleswick y de la isla de Femern. Unióse, pues, cada vez más la casa de Holstein-Gottorp á la Suecia, resultando de esto un rompimiento declarado. Ahora bien, Federico IV de Dinamarca rompió la primera lanza contra el Holstein, mientras que un cuerpo sajón, enviado por Augusto III, atacaba el Hannover. Preveyendo Carlos XII la tempestad que iba á estallar, reclamó fuerzas navales á sus aliados, protestando «que no empuñaría nunca las armas si no era provocado; pero que una vez en la mano, no las abandonaría hasta ver destruido á aquel que se hubiese declarado el primero su enemigo.» Las escuadras combinadas bombardearon á Copenhague, despues de lo cual desembarcó Carlos de repente en la isla de Seelandia; pero como proclamaba que su único objeto era procurar tranquilidad al duque de Holstein, pronto se firmó la paz en Traventhal. Esta primera campaña se terminó en seis semanas.

Todos alabaron la moderación de Carlos XII (1700). Aquel príncipe, que aspiraba, sin embargo, á la gloria militar de Carlos X y de Gustavo Adolfo, no aceptaba la paz sino para vengarse del rey de Polonia. En efecto, dirigióse repentinamente á la Livonia, invadida por Augusto. Pero entonces el czar declaró la guerra á la Suecia para recobrar las antiguas posesiones rusas, y puso sitio á Narva. Acudió Carlos, á la cabeza de cinco mil infantes y tres mil caballos: atacó á cincuenta mil rusos, mató doce mil, se apoderó de ciento cuarenta y cinco cañones, y obligó á los demas á rendirse. No supieron dar los rusos otra razón de la derrota, que la de que los suecos eran hechiceros, é hicieron rogativas públicas á San Nicolás, para que los libertase de aquellos encantadores. Pero conociendo Pedro la inferioridad de sus ejércitos, se dedicó á instruirlos en las costumbres militares y en la disciplina.

Despues de haber abolido el cuerpo de los strelitz, más peligroso en la paz que útil en la guerra, sustituyó á él una infantería regular á la alemana, instituyó la orden de San Andrés para recompensar el mérito militar, y envió tropas al rey de Polonia con el título de auxiliares, pero en realidad para que se educasen á

su lado; de manera que puede decirse que la misma Polonia preparó las armas que debian destruirla. Pedro quiso pasar por todos los grados militares con ascensos regulares. Sólo despues de la batalla de Pultava fué cuando sus oficiales le rogaron ascendiese del grado de coronel al de general. Hasta confirió al anciano boyardo Romanodowtki, presidente del consejo de gobierno el título de czar, manifestándole la mayor consideración, como si fuera un señor de quien hubiera sido súbdito. «Aquel continuo simulacro, aquel espectáculo sostenido de sumisión y disciplina que un déspota ofrece á su pueblo, aquella perseverante afectación en no ascender de empleos sino por grados y á fuerza de servicios, aquella escena única en su especie, pareció extravagante y exajerada; pero era necesaria, y apenas bastó para arrebatar á la orgullosa obstinación de los nobles rusos todo pretexto de murmurar y de desobedecer. Para domeñar su orgullo, que irritaba la obligación de ganar por grados, con el trabajo y el mérito, los empleos que creian debidos á su nacimiento, era necesario proponerse de continuo él mismo por modelo.»

Habiendo conocido tambien Federico de Dinamarca la imperfección de sus tropas, organizó una milicia nacional, que ascendió á diez y ocho mil hombres. Por el contrario, los triunfos de Carlos XII le inspiraron osadía, y despreciando ya á los rusos, estableció sus cuarteles de invierno en la Livonia, y cuando llegó la primavera ocupó la Curlandia.

Con disgusto veian los polacos que Augusto los comprometia en una guerra (1701), como duque de Sajonia, con un ejército extranjero sostenido por aquel príncipe en su país. Pidieron, pues, á Carlos los considerase como neutrales; pero sin inquietarse éste de su declaración, dejó á sus tropas se portasen con ellos como en un país enemigo. De esta manera creia acumular odios contra Augusto que era la causa, al paso que no conseguia más que irritar á los polacos. Entró Carlos en Varsovia sin encontrar resistencia; derrotó enteramente á los enemigos cerca de Clissov, con un ejército tres veces ménos numeroso que el suyo; y aquel príncipe austero, que encontró á quinientas mujeres en la comitiva de Augusto, las despidió sanas y salvas con una escolta, sin querer ver siquiera

á la hermosa Konigsmark, que le habia enviado Augusto para negociar con él ó seducirle. Adelantóse siempre victorioso contestando á todas las proposiciones que se le hacian, que no queria retirarse, hasta que fuera depuesto Augusto.

Este era tambien el deseo de una facción considerable de los polacos que, gracias á este apoyo, venció, sustituyéndole Estanislao Lezeczinski (1704), palatino de Posnania. Uniéndose Augusto á la Rusia consiguió apoderarse de Varsovia; pero apenas habia vuelto á recuperar sus provincias, cuando sus mismos partidarios cesaron de obrar en favor suyo. Habiendo sido coronado Estanislao, hizo una alianza con la Suecia, confirmando el tratado de Oliva. Toda la ventaja que Carlos XII procuró sacar de aquel arreglo fué precisarle á unirse á él para obligar al czar á darle satisfacción de sus agravios. Persiguió entonces á Augusto, asolando las provincias polacas con incursiones de aventureros, hasta el momento en que entrando en el patrimonio de aquel príncipe, le obligó á rendir las armas.

Cuando victorioso en Sajonia disponia Carlos á su antojo de reinos, se vió adulado por todas las potencias; Marlborough queria que se mezclase en los asuntos de Occidente; Luis XIV le aconsejaba volviere á desempeñar el brillante papel de Gustavo Adolfo, y su ministro Pifer no dejaba de inclinarse á partidos aventurados. Carlos se proclamaba protector, no sólo de los protestantes de Alemania, sino de los que dependian de la casa de Austria. Aunque tuvo por qué quejarse de la corte austriaca, y le hizo temer una invasión, declaró que le perdonaba, á condicion de que se devolviera á los protestantes de Silesia el derecho de ejercer su culto; el emperador José se vió precisado á consentir en ello.

Carlos habia empeorado sus asuntos divirtiéndose en batir á un enemigo que imploraba ya la paz en lugar de atacar inmediatamente á los rusos, aturdidos aún con la derrota de Narva. Cuando vió Pedro á su rival internarse en la Polonia, ya habia reunido tropas y la victoria le favoreció en la Livonia (1702). Encontró entre los prisioneros á Catalina, con quien despues se casó. Conquistó á Noteburgo, en el Neva, despues á Kantzi, lo cual le procu-

ró un puerto en el Báltico. Embarcóse allí; haciendo á bordo el servicio de bombero, se apoderó de dos barcos suecos; y aquella primera victoria naval, conseguida por su patria, fué celebrada como merecía. De esta manera perdía Carlos, por la ambición de hacer un rey, todo el fruto de su victoria, al paso que Pedro, cuyo genio no se sospechaba, entraba en la Ingria con la resolución de no salir de ella; y conociendo la gran importancia del Neva, se establecía en sus orillas. Como Kantzi no le parecía bastante bien situado, fundó la ciudad de Petersburgo en una isla del Neva, y la eligió para su capital, como más conveniente para guerrear contra la Suecia y atraer colonos de Ultramar, además de ofrecerle más facilidad en las comunicaciones con Europa.

Aún hizo y aseguró otras conquistas. Sostuvo en todo su vigor á las facciones rivales en la Polonia, donde sin obstáculo saqueó á los castillos, para enriquecer á su naciente capital. Carlos, que había perdido un tiempo precioso obedeciendo á la pasión más bien que al interés, marchó, en fin, en persona contra los rusos (1706), y habiéndolos bloqueado cerca de Grodno, los redujo á los mayores apuros. Entretanto duraban las negociaciones para la paz. Verificóse ésta con la renuncia de Augusto al trono de Polonia y el reconocimiento de Estanislao. El elector de Sajonia tuvo que romper además toda alianza contra la Suecia y la Polonia, con la Moscovia, y restituir los prisioneros. Entre ellos estaba el livonio Patkoul, que había sido condenado á muerte por haber sostenido con demasiado calor la nobleza de su país. Habiendo conseguido fugarse, publicó contra la Suecia escritos violentos, y se encontraba entonces en la corte de Sajonia como embajador del czar. Fué, no obstante, preso y entregado á Carlos, quien le hizo descuartizar sin juicio como súbdito rebelde y condenado ya.

Declarando nula un partido polaco la renuncia de Augusto (1707), se unió al czar, que prometió no reconocer á ningun rey si no era elegido por la nación. Volvió Carlos apresuradamente á Sajonia, y reuniendo sus fuerzas, entró en Polonia con cuarenta y cuatro mil hombres aguerridos. No juzgó el czar á propósito presentar la batalla, y evacuó el país.

Habiendo pasado Carlos el Vístula por enci-

ma del hielo (1708), le persiguió de cerca, pasó despues el Beresina, y secundado por los muchos descontentos que habían producido las innovaciones de Pedro, se lisonjeaba de entrar en Moscou y hacerle deponer. Pero de repente se detuvo en Mohilev, y prestando oídos á consejos imprudentes ó desleales, se dirigió hácia la Ukrania.

Aquel Kmielnicki, bogdan de los tártaros de la Ukrania, que había assolado la Polonia en tiempo del rey Casimiro, se sometió con el país á los moscovitas cuando fué vencido. Pero pronto arrepentido, recomendó al morir á Wichowski, que debía sucederle como hetman, libertar á la nación de su yugo para reunirla á la Polonia. Sin embargo, no estando ya esta potencia en estado de sostenerlos (1685), dejó á la Rusia asegurarse en la posesión del país y aumentar el número de los descontentos, no respetando sus privilegios. Tenían entonces por hetman á Juan Mazeppa, hombre audaz y de disimulada ambición, que habiendo adquirido el favor del czar, le sirvió últimamente contra Carlos. Encontrándose acampado al frente de los cosacos en la Polonia Meridional, entró en relaciones con los jesuitas, con el rey Estanislao, y concibió la idea de hacerse independiente. Pintó á los suyos con negros colores las innovaciones del czar, y los animó á rebelarse, siguiendo el ejemplo de los cosacos del Don, que se habían sustraído al yugo moscovita. Despues de haberse fortificado, hizo entender á Carlos que tan pronto como llegara se reuniría á él. Seducido este príncipe con la esperanza de procurarse tan poderoso aliado, se dirigió hácia aquella banda, sin aguardar los refuerzos y convoyes que llevaba Lövenhaupt.

Alegre Pedro con aquella falta, marchó contra Lövenhaupt; y habiéndole derrotado en Liesna, cogió el convoy destinado á Carlos, del cual no pudo salvar Lövenhaupt, haciendo una retirada muy aplaudida, más que cinco mil hombres. Esta fué la primera victoria conseguida por los rusos contra las tropas disciplinadas. Unióse Mazeppa á Carlos; pero Baturino, su residencia, fué ganada y reducida á cenizas. Nombróse otro hetman, mientras que Carlos debía establecer sus cuarteles de invierno en comarcas desiertas entre cosacos, expuesto al hambre, á la sed y á continuos ataques. Haciendo la

guerra por afición á ella, Carlos XII no sabía adónde iba. Cuando estuvo en Smolensko, había preguntado á su jefe de estado mayor lo que tenía que hacer; cuando llegó esta segunda vez cerca de Koromak, le dijo: *Preguntad el camino de Asia*; á la respuesta de que se hallaba enteramente en otra dirección: *Sin embargo*, replicó, *Mazeppa me ha asegurado que estaba próximo, y debemos de todos modos poder decir que hemos llegado á ella*. Ahora bien, en lugar de marchar sobre el Dnieper, y sostenerse en comunicación con la Polonia, como se lo aconsejaban Piper y sus mejores oficiales, se detuvo en Pultava. Los cosacos zaporogues, que se habían declarado en su favor, se ofrecían á tomar aquella plaza por asalto; aguardaba también allí al ejército del khan de Crimea, á quien la Puerta, que comenzaba á temer al czar y deseaba tenerle ocupado, había mandado se uniera al rey de Suecia.

Emprendió, pues, Carlos el sitio de la plaza sin tener ninguno de los instrumentos necesarios (1709), gastando en él dos meses, mientras que los rusos asolaban todos los alrededores. Doce mil cosacos y otros tantos suecos, restos de los cuarenta y cinco mil hombres que habían salido de Sajonia, y de los diez y seis mil que había llevado Lovenhaupt, era todo lo que le quedaba á Carlos; aquel príncipe temerario los aventuró sin municiones contra ochenta mil rusos, provistos de una formidable artillería. Nueve mil suecos fueron muertos, otros muchos quedaron prisioneros; y herido Carlos, huyó en su carruaje con Mazeppa; temiendo haber sido vendido por el khan, no se atrevió á refugiarse en Crimea, y volviendo á pasar el Dnieper, llegó á Otchakov. Había dejado del otro lado del río los restos del ejército, bajo el mando de Lovenhaupt, con orden de ganar la Crimea; pero desprovisto aquel general de todo, tuvo que rendirse con todo su ejército.

Conoció Pedro que aquella victoria era decisiva para su imperio, así es que escribía: *Con la ayuda de Dios, la piedra fundamental de Petersburgo se encuentra perfectamente colocada*. Podía decirse, por otra parte, que había concluido la gloria de la Suecia. Sin ejército Carlos, sin dinero y sin amigos, habiéndolo confiado todo á su fortuna, no poseía más que su valor y una temible tenacidad que le sos-

tuvo durante cinco años que empleó, en medio de las aventuras más romancescas, en excitar á los turcos á tomar las armas. Había conseguido, acompañado de Mazeppa y quinientos caballeros, llegar á Otchakov á través de áridos desiertos; pasó de allí á Bender, en Moldavia, donde en virtud de la hospitalidad recomendada por el Coran, fué acogido por los turcos. Pero una vez curado de sus heridas, no pudo salir del país, en atención á que los europeos vigilaban todos los caminos, con objeto de impedir la vuelta del perturbador de la paz.

La desgracia despertó simpatías en su favor; pero no podemos considerar en aquel rey más que á un aventurero testarudo, que, entregado enteramente á su pasión, no contó por nada la efusión de sangre y la ruina de su país, con objeto de satisfacer un capricho. No tuvo ambición, porque ¿qué grandes proyectos formó, excepto el de vengarse de los príncipes que le habían ofendido? No manifestó crueldad sino para con los suecos, culpables de haber dirigido las armas contra él. No tenía afición á los placeres, á las mujeres, á la corte y al lujo, y no se cuidaba siquiera del aseo. Exacto observador de la justicia, piadoso hasta el exceso, sencillo y franco, sabía apreciar el mérito sin consideración al nacimiento; conciso en su conversación, uniendo á una gran memoria conocimientos muy variados, era adorado de su ejército por sus costumbres militares, que le hacían tomar parte en las fatigas, en los juegos y en los peligros del soldado. Cuando llegó á verse privado de la actividad, se entregó desesperado á una ociosa agitación, cansando tres caballos al día, haciendo maniobrar á los soldados y ejecutando largas marchas. La Puerta le proporcionaba víveres y 500 escudos diarios. La Francia le enviaba también dinero, del cual una parte se empleaba en los gastos que reclamaba su clase y en regalos para conservar á los amigos, mandándose otra á Constantinopla, con objeto de adquirir allí partidarios; pues la desgracia había triunfado en él de los escrúpulos religiosos que le habían separado hasta entonces de una alianza con los infieles.

Estanislao Poniatowski servía en aquella ciudad sus intereses, tratando de indisponer á Achmet III con Pedro. Tenía en su favor á la